

Así nació Ushuaia. Orígenes de la ciudad más austral del mundo¹

Aroldo Canclini**

LA VIDA EN EL FIN DEL MUNDO (1869-1884)

Aunque en Ushuaia la vida tenía mucho de rutinario, la forma en que transcurrían las cosas en la población más austral del mundo merece ser consignada brevemente. Los recuerdos de los hijos de los misioneros -Lucas Bridges en su hermoso libro y su hermano Guillermo oralmente- son coincidentes y demuestran cómo quedaron marcados por aquella experiencia.

El horario cotidiano cambió varias veces durante los años, pero podemos dar como ejemplo el que regía para el verano de 1876. Todos se levantaban a las cinco menos veinte y, antes de desayunarse a las seis, los misioneros dedicaban un rato a la lectura de la Biblia y a la oración en conjunto. A la hora citada, tocaba una campana para llamar a los indígenas quienes, luego de comer, se dedicaban a sus trabajos. Algunos cuidaban las cabras y vacas que se utilizaban para el consumo y otros cultivaban las huertas que todos tenían detrás de su casita. En algunas ocasiones, se construían cercos o caminos, por ejemplo desde la iglesia hasta la playa. De nueve a diez, se celebraba un culto para implorar la bendición divina durante el día y luego se daba alguna enseñanza a los hombres y mujeres, que después volvían a su trabajo. A la una de la tarde otra campana llamaba a almorzar y de dos a cinco y media se trabajaba nuevamente.

Los sábados a la tarde y los domingos eran días de descanso. Los indígenas recibían pago por su trabajo, no en dinero, sino en ropas, alimentos y útiles. De la misma manera se les pagaba las pieles de zorro o nutria que algunos traían desde lejos. Para mayor seguridad sólo se daba al indio parte del valor presumible de la pieza; luego se enviaba a las Malvinas, donde las vendía un comerciante llamado Jorge M. Dean, amigo y colaborador de la Misión, y si lo que éste pagaba era más de lo que se le había dado al portador, se le entregaba dicho excedente. Inclusive figuran casos de pago extra, por ejemplo por descargar el Allen Gardiner.

Son ridículas, pues, las acusaciones de que la Misión existía con fines comerciales o que era ese interés el que llevó allá a los misioneros. El ganado

¹El texto forma parte del libro de Arnoldo Canclini *Así nació Ushuaia*. Orígenes de la ciudad más austral de mundo, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1989, 103 pp. La selección de los capítulos corresponde a Graciela Luorno (CEHEPyC-Universidad Nacional del Comahue).

**Doctor en Filosofía y Letras (UBA), Doctor Honoris Causa en Teología, Docente, historiador y escritor. Presidente del Instituto de las Malvinas, Miembro de la Asociación Bautista Argentina.

que tenían era sólo para el consumo y no podía ser de otra manera, ya que no existía mercado para la venta.

La permanente lucha de la Sociedad en Inglaterra (y aun otros países) por reunir fondos era realmente titánica. Debe entenderse que, como todas las entidades misioneras protestantes, ésta era simplemente una organización privada, una "sociedad" como dice su nombre, que dependía de los aportes de particulares. Por eso, en los informes publicados anualmente, se incluía un detallado balance financiero. Por ejemplo, tenemos a la vista el de 1869, año del establecimiento en Ushuaia. De las 104 páginas de la publicación, 64 están destinadas a la lista de esos aportes. Luego sigue el balance, que da un movimiento de 8906 libras esterlinas.

Todo provenía de individuos y de iglesias evangélicas. En ningún caso, se recibió ayuda oficial. La sospecha de que eran agentes imperialistas es ridícula.

La ropa que se daba a los indios como pago o regalo solía ser donación de los contribuyentes de la Misión en Inglaterra que obsequiaban sus prendas usadas en buen estado. En relación con esto, es interesante relatar que, en 1876, creció en los alrededores una especie muy delicada de césped, completamente nuevo; la única explicación que fue posible dar al fenómeno estaba en la posibilidad de que las semillas hubieran sido llevadas hasta allí en la suela de algunos zapatos de tenis regalados por un amigo de Inglaterra.

Se trató siempre de enseñar a los indios el fuerte gasto que su mantenimiento costaba a los hermanos europeos y, en ciertas ocasiones, hacían colectas, en las que los indígenas y misioneros incluían su donación. Por ejemplo, cuando en 1884 se compró un nuevo Allen Gardiner, gran número de indios dio su contribución que a veces era muy pequeña. Tal es el caso del niño Clemente Waiyellin, que dio el equivalente de seis peniques.²

La parte fundamental de trabajo era la espiritual. Además de las reuniones diarias ya citadas, todos los domingos se celebraban dos servicios religiosos: uno a las diez de la mañana y otro a las tres de la tarde. Se cantaba al son de un armonio tocado por la señora de Bridges o su hermana que aún se ve en la estancia Harberton, se oraba, se leía un trozo de las Escrituras y luego Bridges pronunciaba un sermón en yagán. A veces hablaba otro misionero y, en ciertas ocasiones, algún indio.

Mientras estuvo aquí, los himnos se cantaron en inglés, pues los indígenas aprendían rápidamente la pronunciación y captaban perfectamente su significado.

²En 1945, el autor conoció a este indio en la estancia Harberton. Era muy anciano, pero aún recordaba algo de inglés. Fue el último sobreviviente de la Misión de Ushuaia. Ricardo Rojas habla de él en Archipiélago, aunque dándole el nombre de "Dakarspalans", que era -también según él- el nombre de la península. Lucas Bridges nos cuenta que en su juventud le gustaba entablar luchas amistosas con Waiyellin y que era de gran capacidad marinera. Destaca su gran honestidad y sus esfuerzos por mantener la abstinencia que se le había desafiado, a pesar de las mortificaciones que sufría cuando iba a Ushuaia con el barquito de los Bridges; una vez perdió la paciencia y derribó de un golpe al fastidioso, lo que le valió ir a la cárcel, hasta que Guillermo Bridges pagó la fianza. "Así Clemente Waiyellin quedará en mi relato como un ejemplo vivo de lealtad y de firme resistencia ante la terrible tentación a la que fue cediendo su raza agonizante" (Lucas Bridges). Su hijo Agustín Clemente -llevaba como apellido el nombre paterno- falleció el 25 de septiembre de 1974. Fue muy simpático que el diputado Ernesto Campos le rindiera un homenaje en la Cámara - N. del A

La asistencia era muy variable, porque dependía del número de canoas que estuvieran en la bahía. Disminuía en verano cuando los indios se iban a cazar y aumentaba en invierno, cuando se llegaban a Ushuaia en mayor número, en busca de ropas y alimentos. Por ejemplo, los últimos seis meses de 1874, el número de indígenas varió entre cinco en un día de noviembre y noventa y cinco en uno de agosto. Concurrían, por lo general, más hombres que mujeres e iban también bastantes niños.

En un informe de 1880, se dice, que se celebraba un servicio religioso en yagán a las 10.00 y otros en el orfanato, en inglés, a cargo de Whaits a las 11.30. A las 14.00 se daba instrucción religiosa a los indios y luego otro servicio en yagán a las 15.00. Hay que tener en cuenta que en invierno en Ushuaia, a las 17.00 ya está oscuro.

Ese mismo año, se nos dice que la población estable variaba entre los 150 y los 300 y las visitas de mil a mil quinientos al año.

Aparte de las reuniones citadas, se celebraban otras para la Santa Cena, con los indios bautizados, de oración y de ensayo del canto. Desde un tiempo antes de los bautismos, se daba clase a los que serían nuevos miembros.

Había también algunas ocasiones especiales, sobre todo cuando se realizaban bautismos y para Navidad en que la concurrencia aumentaba mucho; por ejemplo, en 1876, hubo doscientos setenta y seis en la fiesta de Navidad.

Bridges cuenta que, para esa fecha de 1872, cuando aún Lewis estaba con ellos, a las cinco y veinte fue despertado por los indígenas que cantaban "Oíd un son en alta esfera", dirigidos por Lewis y su esposa. Con toda seguridad, cuando Mendelssohn escribió esa melodía, no llegó a pensar que se la entonaría en tan lejano confín de la Tierra. En la reunión hubo un número récord -ciento veinticuatro- hasta el punto que fue necesario abrir puertas y ventanas para que se renovara el aire. Después de un breve discurso de Bridges, cantaron nuevamente "Oíd un son en alta esfera" y otros himnos y luego el misionero elevó una oración. Se entonó "Venid, fieles todos", se escuchó otro discurso sobre el placer que produce el servir a Dios y se terminó el culto con esta oración. "Gran interés y atención eran evidentes", escribía Bridges en su diario de ese día "y estoy seguro que mucho bien ha resultado y resultará de la enseñanza y la predicación de hoy".

A la tarde, todos se echaron sobre el pasto y los nativos recibieron regalos: líneas de pesca, canastas, etc., y un trozo de torta para cada uno. Todos cantaban y se comportaban ejemplarmente, según declaración de Bridges, que termina su relato diciendo: "Pasamos una muy feliz Navidad y esperamos que para los nativos haya sido lo mismo".

Lógicamente, los misioneros celebraban reuniones privadas, en las que se prestaba especial atención a la oración. Los indios también hacían cultos de familia, en los que oraban, cantaban y leían un trozo de las Escrituras en la traducción de que hablaremos más adelante.

Además de la enseñanza religiosa, se les daba enseñanza general, sobre todo a los niños. Dentro del horario ya citado, la escuela para los pequeños ocupaba toda la mañana de diez en adelante. En esos momentos, las clases se daban en dos cursos diferentes, de acuerdo a la edad y adelanto de los discípulos. Oficialmente, el maestro era Lawrence, pero Bridges ayudaba a menudo y también Lewis, que era muy preparado, y que por eso fue llevado a

ocuparse de la escuela de Keppel. La iglesia servía también de aula y los hijos de los misioneros iban a la misma clase que los indígenas; un gran pizarrón ocupaba el frente y los alumnos tenían pequeñas pizarras individuales.

Una prueba del adelanto de los alumnos la tenemos en el relato de Bridges que, en 1877, contaba que los pequeños sabían leer y escribir correctamente, contar para adelante y para atrás, con números ordinales y cardinales, conocían los nombres de los días y de los meses y sabían los de los países de América, sus ciudades y ríos principales, su idioma y sus importaciones y exportaciones. En esa fecha, el alumno más adelantado era Cranmer Okokko.

Lawrence enseñaba a leer también a los adultos. Uno de los sistemas de enseñanza que más interesaba a los indios era, sin duda, la linterna mágica, aunque las colecciones de diapositivas debían ser pasadas repetidamente.

Las señoras Bridges y Lawrence y la señorita Varder daban a las indias clases de costura, cocina y otros menesteres domésticos. El trabajo fundamental de los esposos Whaits y su hija era el de encargados del asilo de huérfanos. Los dos misioneros, que eran de un carácter muy piadoso, demostraron ser ideales para esa tarea, a la que se entregaron de lleno. Daban clases exclusivamente para los internados, ayudados por su hija. El orfanato fue inaugurado el 22 de marzo de 1879, aniversario de la llegada de Gardiner a los canales, con dieciséis niños. Consistía en una gran sala, bien calentada, dos dormitorios, una cocina y varios anexos, inclusive una gran sala para albergue de náufragos. La capacidad máxima era de cuarenta niños, pero el número era muy variable, aunque llama la atención lo elevado. En 1881 era de 23 y de 25 al año siguiente. De este año tenemos la lista por nombre; además en la mayoría de los casos se menciona a una persona que lo sostenía. Aparece un indiecito que había sido bautizado James Fitz Roy Button, a quien mantenía "la Sra. Fitz Roy y los oficiales del H. M. S. Beagle". El niño entró en 1877 y murió tres años después teniendo doce de edad.

Esta referencia es muy sugestiva, porque revela cómo se mantenía el interés de aquellos primeros que estuvieron en contacto con los indios. Casi cincuenta años después, la viuda de Fitz Roy y sus oficiales veían florecer sus esperanzas, inclusive en otro indio que recibió el nombre "el protegido del almirante"; muy significativo, es que el segundo fuera nieto del primero.

Además del trabajo en Ushuaia, la Misión había colocado ganado y plantado quintas en otros lugares como Yendegaia y Lapataia, más al Oeste en el Beagle, y en Packedaia, sobre el lado Este de la isla Gable. A esos lugares se hacían visitas muy frecuentes, especialmente a Gable, por lo que casi puede decirse que constituía un segundo establecimiento. Cada visita del Allen Gardiner se aprovechaba para ir a éstos y otros puntos, para predicar a los indígenas e invitarlos a que fueran a Ushuaia.

Bridges tenía un bote muy fuerte con el que recorría los canales y, en más de una ocasión, debía estar fuera de su casa durante varios días, pero no temía dormir a la intemperie o con los indios.

En uno de sus viajes, soltó conejos en las islas más pequeñas del Beagle. Pocos años después, los hombres del navío Sirius cazaron en un solo lugar seiscientos animales, descendientes de una sola pareja. Bridges comprendió que por el mismo hecho de su reproducción extraordinaria, no convenía soltarlos en tierra firme o en las islas más grandes, por el peligro que

representaban para los futuros colonos, que entonces era sólo una lejana posibilidad. Años después, los animalitos fueron causa de muchos problemas.

Las visitas de algunos escasos grupos y los viajes del Allen Gardiner eran las únicas oportunidades para ponerse en contacto con los onas y con los alacalufes. Estos últimos iban al pueblo con cierta frecuencia y Bridges hablaba bastante bien su idioma, pero las relaciones con los onas eran menos frecuentes, por lo que los misioneros expresaban constantemente su anhelo de que se abriera una nueva estación entre ellos, lo que no fue posible llevar a la práctica.

Los indios que vivían siempre en la Misión eran de hábitos más o menos pacíficos, pero alguno de los nómadas resultaban no serlo tanto y a veces se producían episodios un tanto desagradables, como robos de comida o utensilios, grescas, discusiones, etc. Alguno de los misioneros corría inmediatamente al lugar y hacía nacer la paz con energía. En una de esas ocasiones, Bridges sufrió el único golpe que habría de recibir de manos indias, cuando el remo con que una mujer intentaba golpear a otra cayó involuntariamente sobre el hombro del misionero, lo que avergonzó grandemente a la india que se apresuró a pedir disculpas. A menudo, algunos de los contendientes salían heridos y había que curarlos, aunque ninguno de los misioneros había estudiado medicina.

La idea del asesinato era para los indios de la misma gravedad que para los europeos y, llegado el caso, el criminal era muy mal mirado salvo casos de vendetta familiar. Afortunadamente no ocurrió ningún homicidio en la Misión aunque un indio falleció a consecuencia de un golpe que otro le dio para fugarse con su mujer. Sin embargo, el mismo Bridges fue objeto de un atentado. En cierta ocasión reprendió severamente al indio Harrapuwaian, que había sido descubierto robando, y éste juró matarlo. Otros indios avisaron a Bridges que pensaba ir a asesinarlo, simulando que iba en busca de un bizcocho. El misionero no creyó que el informe fuera exacto pero, horas más tarde, Harrapuwaian golpeó a su puerta y efectivamente pidió un bizcocho; traía una mano escondida bajo su piel de guanaco que -le cubría los hombros. Rápida y decididamente Bridges metió su mano bajo el abrigo y le tomó fuertemente la muñeca, obligándole a soltar un hacha pequeña que llevaba, con un propósito indudable. Reconvino severamente al indio por su actitud... y le devolvió el hacha. El asesino fracasado se alejó y no volvió a vérselo.

Los casos de gresca entre grupos adversos eran los más peligrosos. En cierta ocasión fue muerto un indígena a unos tres kilómetros del pueblo y, justa o injustamente, los indios que vivían allí fueron acusados del crimen. Rápidamente, se formó un grupo de canoas en las que se embarcó cierta cantidad de yaganes que se disponían a vengar la ofensa; cuando la noticia llegó a Ushuaia no pocos de sus habitantes también se armaron y salieron en busca de los agresores. Bridges no lo supo sino un rato más tarde y de inmediato salió tras de ellos para impedir la pelea. Varias horas después, no habían vuelto ni el misionero ni los indios y es natural que su esposa sintiera serios temores, pues se había hecho de noche. Venciendo su naturaleza, tranquila y pacífica, la señora Bridges tomó un revolver -era la primera vez que enarbolaba un arma- y salió en busca de su esposo, ordenando al resto que nadie se moviera de la casa. Subió a un montículo cercano y alcanzó a distinguir un grupo que se acercaba a la luz de las antorchas que ellos mismos llevaban. Cuando estuvieron más cerca pudo ver que venían llorando a gritos

sobre un cadáver, que transportaban en unas parihuelas. Los más lúgubres augurios pasaron por su mente, augurios que sólo se disiparon cuando Sisoí, que presidía el grupo, le gritó que a él no le había ocurrido nada y que volvería al día siguiente. Luego le dio una nota escrita en una hoja arrancada del libro de apuntes de Bridges, en la que le decía que no tuviera miedo, pues él se quedaría con los indios toda la noche para evitar el choque; el muerto lo había sido en un combate individual. Efectivamente, la lucha no se produjo y Bridges volvió, al día siguiente.

Otro elemento de la vida de Ushuaia eran los hijos de los misioneros. Los Whaits tenían una hija ya señorita. En la familia Lawrence había cuatro niños y seis en la Bridges. Su vida era única en el mundo, pues debían mezclar las "penurias" de la escuela junto con los pequeños fueguinos, a las de una existencia al aire libre nada exenta de aventuras. Por supuesto que había entre ellos, como en todas partes, hombrecitos en pequeño, como Despard Bridges y Martín Lawrence, los mayores de las familias respectivas (y por ello los dos primeros hombres blancos nacidos en Tierra del Fuego) y compañeros de sus padres, hasta pícaros y traviosos como Federico Lawrence, que tiraba tizas al maestro, y Guillermo Bridges -a quien llamaban Willi- que tenía por inseparable secuaz para sus travesuras a la pequeña Minnie Lawrence, con quien años más tarde habría de casarse.

El superintendente era un hombre eminentemente práctico, aun en cuanto a las cosas espirituales. Daba más valor a los sentimientos piadosos y a las convicciones de la fe que a las ceremonias.

Cuidó en enseñar eso a los indios y a sus hijos, declarándoles que mucho arrodillarse y levantar las manos al cielo valía menos que elevar un pensamiento de gratitud cuando el bote respondía en una maniobra difícil o pensar "Gracias, Señor, por el lindo caballito que me has dado", cuando el animal sorteaba con éxito algún peligro.

Gran admirador de la naturaleza, encontraba en ella "los rastros de la divina sabiduría", según la frase de Gardiner, y como contaba su hijo, repetía siempre a los suyos que, si alguna vez entraba en su corazón la incredulidad, salieran de la casa y se echaran sobre el pasto para estudiar las grandes maravillas que hay en casa hierba imperceptible y en cada minúsculo insecto. Encontraba la demostración de la Providencia aun en aquellas cosas que para el común de los hombres resultan molestias. Por ejemplo, en las mareas, de las que no veía los inconvenientes sino sus efectos provechosos: ayuda a desembarcar al marino cuando está alta y al náufrago a recoger mariscos que precisa para su sustento cuando baja. Hacía notar que el verano y el invierno habían sido diseñados sabiamente por el Creador, que preservaba las hojas de varias especies de árboles durante todo el año para alegrar la estación fría.

El capitán Martial lo describió en estas palabras: "Dotado de un carácter enérgico y emprendedor, une a su fuerza de voluntad un sentido práctico muy desarrollado".

Quizá mucho de ello se debiera al hecho de ser por completo lo que ha dado en llamarse un *self-made man*. Es extraordinaria la cultura acumulada por ese hombre que había vivido apartado en el último rincón del mundo desde los trece años. En su biblioteca figuraban junto a las grandes obras de la literatura universal y a tratados científicos, comentarios de las Escrituras y estudios de crítica textual de la misma en sus idiomas primitivos. Dominaba sobre todo las ciencias naturales para las que parecía tener un don especial. Fue, sin duda, el

primer clasificador metódico de la flora y la fauna fueguina y cuantos han escrito sobre Tierra del Fuego después de él han debido basarse en sus escritos o en sus datos verbales. Roberto J. Payró, el conocido escritor argentino, dice al respecto en "La Australia Argentina": "Probablemente a él se deben muchos de los informes publicados luego por otras personas que, en cortos viajes, no estaban en condiciones de recoger muchos elementos. De ahí el parecido que existe entre unos y otros trabajos, aunque sea lógico que la observación de una sola cosa por varios observadores dé resultados diferentes en los detalles, si todos son de buena fe y con espíritu de verdad".

El primer trabajo de Bridges fue uno titulado "Tierra del Fuego y su pueblo", publicado en 1869 en la revista de la Misión; luego produjo artículos y conferencias, de las que puede destacarse la que dio en el Instituto Telegráfico Argentino, pero nunca escribió una obra de gran envergadura, aunque, como hemos visto, sus observaciones han estado lejos de perderse.

Algo nos ha dejado, sin embargo, que es de gran valor y que sólo él podía hacer: el diccionario del idioma yagán.

Darwin había dicho en 1834 que apenas merecía el nombre de lenguaje articulado y que se parecía al ruido que emite un europeo al hacer gárgaras, pero dicha lengua tenía por lo menos *treinta y dos mil vocablos*. Es éste uno de los misterios de la lingüística que podrá explicarse en parte, pero que jamás ha de ser aclarado completamente. Se dice que su forma de vida, que le obligaba a guarecerse en su choza, durante casi constantes tormentas, y a pasar el rato conversando, es una de las razones para tal prodigio, ya que los relatos que vivían imaginando aguzaban la significación de los términos. Como punto de comparación podemos dar los siguientes datos: un hombre común de nuestros días suele desempeñarse con un vocabulario de algunos centenares de palabras; en una persona culta llega quizá a cuatro o cinco mil y todo Cervantes alcanza la cifra récord de dieciséis mil; esto es en castellano, ya que varía con cada idioma, aunque sólo ligeramente. Payró ha hecho notar también que, sin ninguna duda, Darwin, que es el autor de la leyenda de su degradación lingüística, no alcanzaba ni con mucho a esa cifra.

La fonética del yagán es muy peculiar y casi imposible de captar para las gargantas europeas. Bridges decía que era "suave, agradable, sonora". Abundan en sonidos vocálicos, de muy ligero matiz y con diferencias de duración muy marcadas. En algunos idiomas clásicos y modernos en que también ocurre eso, suele ser una guía para la acentuación, que generalmente rehúye las sílabas señaladamente breves, pero en yagán no sucede así y suele suceder que un sonido vocálico extraño, sea muy breve y acentuado al mismo tiempo, con lo que es muy difícil de pronunciar. Hágase la prueba, por ejemplo con el término *atega* (partir por mar); la *e* no tiene el sonido castellano sino el de algunas *aes* inglesas, entre *a* y *e* y es muy sumamente breve y muy acentuada.

Además, la gran variedad de matices semánticos aumenta la dificultad. Existe entre las palabras que se refieren a morder, una que quiere decir "encontrar algo duro cuando se mastica algo blando". Pongamos varios ejemplos, aclarando que la grafía no es equivalente, en gran parte de los casos, por no haber letra correspondiente en nuestro abecedario.

1. *arrápu*, llegar embarcado;
ápaca, llegar por tierra;
agu-máchi, llegar volando.

2. *ucu*, tirar una flecha (de *aiacu*, flecha);
gaia, tirar un arpón (de *shaia*, arpón);
shábina, tirar con honda (honda, *mátana*);
poóna, tirar una piedra (piedra, *jaif*);
upáshculu, tirar con rifle (literalmente: permitir explotar).
3. *mocus*, hermano mayor;
waiamon, hermano menor.

Sorprende la ausencia de términos genéricos. Así, por ejemplo, no existen las palabras *llegar*, *tirar*, *hermano*, *tío* (hay *tío paterno* y *tío materno*), etc. Tampoco existen equivalentes para pez y ave, ya que cada pez y cada ave tiene su propio nombre. Además llama la atención la diversidad de raíces para expresar una misma idea y las múltiples formas de derivación (ver ejemplo 2).

Bridges aseguraba que se trata de un idioma muy antiguo y como prueba, señalaba la presencia de palabras compuestas, de uso corriente, cuyos componentes han desaparecido. Así, por ejemplo, *shaganikiipa* significa "niña" y *kiipa*, "mujer", pero no existe la palabra *shagani*.

Bridges se puso a la tarea de compilar un diccionario y una gramática del idioma yagán, con un criterio altamente científico. Fue necesario reducirlo a la escritura, crear signos nuevos y combinar los varios sistemas fonéticos que conocía.

Su primera compilación contenía 23.000 vocablos, pero a su muerte llegaba ya a los 32.000. Las peripecias sufridas por el manuscrito de esta obra son tan múltiples y variadas que no las podemos enumerar totalmente. Su publicación fue confiada al célebre explorador Federico A. Cook, que pretendió haber descubierto el Polo Norte -lo que luego reconoció no ser verdad- y que llegó a Tierra del Fuego en 1897, después de la muerte de Bridges, con la expedición austral belga.

Este hombre quiso realizar su segundo gran engaño, publicando el diccionario con su nombre, pero la oportuna intervención de Lucas Bridges se lo impidió. Cuando ya se estaba por imprimir en Bruselas se desató la Primera Guerra Mundial, se detuvo la publicación y el manuscrito se perdió, hasta 1929, cuando apareció en manos del doctor Ferdinando Hestermann, profesor de la universidad de Münster, Alemania. Era éste un eminente filólogo, a quien junto con el doctor Martín Gusinde, se encargó la publicación de la obra. Se colocó todo en el sistema fonético *anthropos* y se imprimió en Muling, Austria, por cuenta de la familia Bridges, una edición reducida de trescientos ejemplares, para circulación privada y es, por lo tanto, muy escaso.

Hace unos años fue reeditado por los descendientes.

El manuscrito se extravió durante la Segunda Guerra Mundial, pero al fin de la misma fue encontrado en la cocina de una casa de campo donde el doctor Hestermann lo había escondido. Finalmente fue depositado en el Museo Británico.

Como ya hemos adelantado, Bridges realizó también la traducción de parte de las Escrituras. Lo primero fue el Evangelio de San Lucas, publicado en 1881, al que siguieron los Hechos de los Apóstoles, en 1883, y el Evangelio según San Juan, en 1886. La Sociedad Bíblica Británica y Extranjera imprimió mil ejemplares de cada uno.

Fueron distribuidos entre los indígenas, que lo leían en sus casas, y utilizados en la escuela y en la iglesia. Es dramático pensar que, cuando se hizo la última edición, el número de indios era menor que el de libros.

Como este diccionario y estas traducciones son lo único que se haya escrito e impreso en el idioma yagán, su importancia no necesita ser destacada, ya que esa lengua ha desaparecido.

El gobierno argentino (1884-1886)

El 128 de septiembre de 1884 fondeó en la bahía de Ushuaia la llamada "División Expedicionaria al Atlántico Sud", enviada por el gobierno argentino. Llegaba para concretar la soberanía nacional en aquellas zonas, por medio del establecimiento de subprefecturas marítimas en la isla de los Estados y en Ushuaia. Esto era consecuencia del tratado de límites con Chile ya mencionado.

Los dos viajes de Bove fueron el primer reflejo de dicho acuerdo. Posteriormente el presidente Roca dictó el decreto 13.185, disponiendo tal instalación. La nave capitana era la cañonera "Paraná" y además iban el transporte "Villarino", el aviso "Comodoro Py" -comprado ex profeso- y otras naves. Las mencionadas y el cutter "Patagones" son las que llegaron a Ushuaia. El mando era ejercido por el coronel de marina Augusto Lasserre. Este destacado marino había nacido en Buenos Aires en 1826. Su padre era un ex soldado de Napoleón, que luego se radicó como periodista en Buenos Aires. Su madre, doña Ana Seguí, era hermana del coronel de marina José Seguí. Lasserre estudió en la Academia Naval de Lorient, en Francia, y su primer destino fue en la "Veinticinco de Mayo", en abril de 1850, al mando de su tío. Actuó junto a Urquiza contra Rosas y contra la provincia de Buenos Aires, al separarse de la Confederación. Se ausentó del país hasta 1859 y se mantuvo en retiro desde 1861 y 1874. Trabajando para una compañía italiana de seguros, visitó las Malvinas y escribió un artículo en el periódico "Río de la Plata", reiterando los derechos argentinos. Reintegrado al servicio activo, hizo diversos viajes por la Patagonia en 1879, 1881 y 1882. Era, por lo tanto, un hombre adecuado para aquella importante misión. Se retiró después de treinta y cinco años de servicio y murió a los ochenta años en Buenos Aires el 20 de septiembre de 1906. .

Partieron de Buenos Aires el 9 de marzo de 1884 y llegaron a San Juan del Salvamento, en la Isla de los Estados, un mes después. Allí establecieron una subprefectura y un faro que, años más tarde, fueron abandonados. Luego siguieron rumbo a los canales.

El domingo 28 de septiembre a las 16.00, los habitantes de Ushuaia fueron presa de gran excitación al ver entrar a la bahía, por primera vez a cuatro barcos simultáneamente. Todos corrieron a la playa preguntando ansiosamente a los misioneros qué ocurría, pregunta que no podían contestar aunque sus interrogantes mentales deben haber encontrado respuesta en el recuerdo de los viajes de Bove. Bridges escribió simplemente que fueron "grandemente sorprendidos al ver tres barcos y un cutter".

Bridges, Lawrence, Whaits y varios indios subieron a un bote y se dirigieron al "Villarino" por ser el barco de mayor tamaño. Desde a bordo, el

capitán Federico Spurr, que evidentemente estaba bien informado, y que conocía inclusive los nombres y rasgos de los misioneros, les gritó: "¡El otro barco, Mr. Bridges!", señalando la "Paraná", donde viajaba Lasserre.

El comandante los recibió con toda amabilidad y, después de conversar largamente, misioneros y marinos se separaron con la mejor impresión y la actitud posterior lo confirma. Bridges invitó a Lasserre a visitarle al día siguiente a las 14.00. En su carta del 4 de octubre, al escribir a las autoridades de la Misión, Bridges decía lo siguiente: "El jefe de la expedición el comodoro Lasserre, que nos ha tratado con la mayor amabilidad y se muestra sinceramente solícito por el éxito de nuestra Misión. Todos los oficiales de la expedición nos han hecho cuanto favor les ha sido posible y hemos recibido con gran placer el establecimiento del pabellón argentino... Se me ha hecho saber, con toda gentileza, que debo solicitar todo servicio que ellos puedan prestarnos y que nosotros necesitemos y el comodoro Lasserre ha declarado que tiene instrucciones de su gobierno para dar a la Misión toda la ayuda necesaria. Para abreviar, estamos grandemente satisfechos con nuestros visitantes y, por supuesto, hemos dado toda la ayuda que nos ha sido posible".

Relata también cómo se intercambiaron regalos y cómo recorrieron juntos la bahía para escoger un buen lugar para la subprefectura. Además, dos médicos de la expedición revisaron a los indios y personal de la escuadra reparó los botes de la Misión. Lasserre obsequió un pequeño faro para ser colocado en el puerto de la Misión; Sisoí, de quien Bridges elogia la capacidad, fue nombrado encargado.

A pesar de la forma grata con que se desarrollaban los hechos, no escapó a la penetración de ambas partes el grave peligro que significaba para los indios el contacto con hombres de nueva mentalidad... y nuevos vicios. Bridges envió a Lasserre unas sugerencias para el gobierno del lugar y, basado en ellas, el comandante redactó un reglamento.

Un aspecto importante fue la entrega de la bandera nacional. En un artículo del diario porteño *The Standard*, Bridges dice: "En respuesta a mi pedido, también recibí del coronel Lasserre un atado de telas para banderas, con una copia de las leyes que regulan el uso de las mismas en la república". En el Apéndice de la Memoria oficial de ese año puede leerse la nota del 18 de octubre de Lasserre cumpliendo el pedido. El 12 de octubre, después de edificarse algunas precarias instalaciones, aún no del todo terminadas, se realizó solemnemente la inauguración de la subprefectura. El lugar fue declarado solar histórico en 1943. Ante un piquete de treinta hombres, los oficiales y los misioneros que, como invitados de honor estaban al lado de Lasserre, escucharon sus palabras, declarando "solemne y oficialmente inaugurada la primera subprefectura en estos territorios, que representará en ellos la autoridad argentina y ejercerá nuestra propiedad"; además recordó el hecho de que aquel día se cumplía el cuarto aniversario de la asunción del mando por parte del general Roca, luego se izó el pabellón argentino, al mismo tiempo que se disparaban los veintiún cañonazos de reglamento desde la "Paraná" y los soldados lanzaban vítores, mientras que "los yaganes lanzaron hurras a su estilo" (Lucas Bridges). Los misioneros también fueron invitados a firmar el acta. Todo argentino debe notar lo trascendente de esa hora.

Lo antedicho consta en el acta oficial, que luego fue publicada en el anuario del Ministerio de Guerra y Marina. El episodio también se encuentra narrado en el diario privado de Bridges, que vale la pena reproducir completo:

"Domingo, Octubre 12. Un hermoso día de brisa. Hoy tuvo lugar la inauguración de la subprefectura. Gracias a la cortesía del Coro Lasserre, nosotros (los funcionarios de la S.A.M.S.) fuimos amablemente invitados a ser partícipes de la ceremonia. En nombre de la Misión, prometí cordial ayuda al gobierno y expresé de parte de los nativos su deseo de ley y protección y su propósito de adaptarse a las leyes. Ellos también se reunieron en masa en la orilla para expresar su simpatía en esta toma formal de ellos por el gobierno argentino bajo su protección. Lanzaron hurras después de la salva de veintiún cañonazos y fueron oídos a bordo de la 'Paraná'. Después de la salva, acompañaron al coronel en tierra donde fue leída la declaración de la inauguración de la subprefectura y el coronel hizo un discurso en el cual, más adelante, declaró su voluntad y la de su gobierno. Hubo una grata reunión de oficiales que firmaron con sus nombres y después de esto se tomó una foto de todo el conjunto reunido ante la subprefectura. Después hubo una fiesta de 'asado con cuero' (en castellano en el original) y todo bien ordenado y exitoso. Acompañados por el subprefecto y el capitán Méndez volvimos a la Estación (misionera), siendo remolcados por la lancha".

Aclaremos que la importante foto se ha extraviado. Merece destacarse el espíritu de la ceremonia. Es cierto que, al fin de cuentas, Lasserre estuvo en Ushuaia sólo veintidós días y que nunca volvió. Pero su forma de proceder sentó un valioso precedente. Podría haber clausurado la Misión, dispersado a los indios o cualquier otro atropello. Pero fue todo lo contrario: respetó a unos y a otros e inclusive les concedió lugares de privilegio. Esa conjunción de marinos y civiles, argentinos y extranjeros, blancos e indígenas, católicos y evangélicos, etc. constituye un verdadero cuadro de la Argentina renovada que se gestaba en aquellos años.

El 12 de Octubre es hoy el "Día de Ushuaia". Esta decisión puso fin a una polémica de poco vuelo sobre cuál era la fecha de la "fundación" de Ushuaia. Un decreto de 1959 declaró que era el 4 de octubre, el día en que no ocurrió nada especial, como si la historia se definiera de esa manera. En 1972, otra disposición del gobierno territorial determinó que la "fecha real" (sic) era el 12 de Octubre. Como es obvio que ese día no hubo acto alguno de fundación, ya que sólo se estableció una pequeña instalación militar en las proximidades de una población preexistente de unas trescientas personas (según narró uno de los oficiales en "La Prensa"), a nadie se le hubiera ocurrido entonces pensar que se estaba realizando un acto de creación de una ciudad. Por eso, también ha habido quien dijera que debe recordarse el 27 de junio de 1885, cuando Ushuaia fue declarada capital del territorio. Parece obvio que detrás de esta pequeña polémica lugareña hay posturas nacionalistas, que no logran modificar el curso de 10 que ya es historia, como fue el espíritu de los protagonistas. La decisión de declarar "Día de Ushuaia" a esa fecha fue sabia, ya que reconoce que es un momento clave cuando la bandera nacional ondeó oficialmente por primera vez; de paso, también son absurdas las acusaciones de que los misioneros usaban la británica. Señalemos que, al llegar el año 1984, se celebró oficialmente el "centenario de Ushuaia", pero no se usó el término "fundación". La propuesta de declarar ese "Día" fue del Primer Congreso de Ciencias Históricas Fueguinas.

Alejandro Virasoro y Calvo fue puesto a cargo de la subprefectura; Bridges hace grandes elogios de su caballerosidad y recuerda que había

estudiado seis años en Brighton, Inglaterra. Además, cita con agrado el hecho de que la mayoría de los hombres escogidos para quedar allí hablaran inglés.

El 30 de octubre, Bridges informaba a la Misión en Inglaterra sobre los acontecimientos y agregaba en la carta publicada por la revista: "La subprefectura ha sido establecida tan feliz y sabiamente que nos alegramos sinceramente, viendo las grandes ventajas que aumentarán para los nativos y, en consecuencia, para la Misión. Toda asistencia posible nos ha sido prometida y hasta ahora nos ha sido dada... El establecimiento de la subprefectura será ciertamente de ayuda para mantener en orden a los nativos de malas inclinaciones, pues hemos sentido muchas veces la necesidad del poder que ha venido a gobernar esta solitaria posesión y de una garantía para todos de la seguridad de la vida y la propiedad, que son grandes incentivos para la industria y la independencia". Todo esto no fue escrito como propaganda ni después de años. Es parte de informes que podrían haber permanecido confidenciales, redactados en el mismo momento. De allí su valor. No es difícil comprender el sentimiento de orfandad que, en muchos órdenes, tendrían los misioneros; resulta sugestivo que Lucas Bridges titule su capítulo sobre el tema "Por fin la Argentina se interesa por la región austral de su territorio".

Disponemos ahora de más referencias de carácter reservado, según las actas del Comité del 9 de diciembre, cuando se leyeron las cartas del misionero. Hace referencia a "la ocupación de

Ushuaia por el gobierno argentino el último 28 de septiembre y el establecimiento de una subprefectura". Se resolvió mandar una carta al ministro argentino en Londres, agradeciendo por la actitud de Lasserre y los suyos e insistiendo en el pedido de tierras.

Al respecto, el 13 de mayo del año siguiente, se volvió sobre el asunto, de acuerdo con una carta de Bridges, en la que decía que "no conviene pedir tierras en Navarino, porque al momento el gobierno argentino ha actuado indudablemente en un espíritu de amabilidad y consideración para con la Misión; por eso no sería deseable introducir cualquier procedimiento que pudiera producir animosidad política". Esto, por supuesto, hace referencia al hecho de que el traslado a Navarino hubiera sido ponerse bajo la bandera chilena y sin duda Bridges ya sabía de los problemas que traía la aplicación del tratado de 1881.

Poco después la División Expedicionaria se dispersó, partiendo algunas de las naves hacia Punta Arenas, mientras que el "Villarino" lo hizo hacia el Atlántico. El "Comodoro Py" y el cutter quedaron en Ushuaia.

Al volver Lasserre a Buenos Aires, se hizo un banquete en su homenaje en el Café de París, al que asistieron distintas personalidades, como el senador Aristóbulo Del Valle, el general Lucio V. Mansilla y otros. Entre los muchos discursos se destacó la ayuda prestada a la Misión, según constaba por una carta recibida de Bridges. Al agradecer el acto, el coronel "habló en los términos más halagadores de Mr. Bridges, que dirige la Misión, que ha demostrado ser un gran éxito". Agrega cómo los indios han sido civilizados, de lo cual ha informado al presidente Roca (según crónica en *The Standard*, del 26 de noviembre, repetida el 7 de diciembre).

Desgraciadamente, la estricta división, tanto geográfica como administrativa, no se cumplió, como era de prever. Y si decimos "desgraciadamente" es porque el contacto con la raza blanca produjo lo que ha ocurrido en tantas partes del mundo y muy especialmente en nuestro

continente: la aparición de nuevas enfermedades, para las cuales no está preparado el físico de los indios, y nuevos vicios, para los cuales no estaban preparados sus espíritus. En ningún momento, se puede dudar de las autoridades argentinas -que a lo largo de los años apoyaron a la Misión pero lógicamente no puede esperarse la misma rigidez moral en el personal de tropa y demás pobladores que fueron llegando.

Muy pronto, la presencia de los nuevos habitantes se hizo sentir por enfermedades hasta entonces desconocidas en Tierra del Fuego. Mientras Bridges se encontraba en un barco argentino en viaje a la isla Dawson, se produjo una epidemia de sarampión y el cuadro que encontró a su regreso fue realmente pavoroso.

Lawrence, que había quedado a cargo de la Misión, escribía lo siguiente:

"Lo que hemos sufrido y experimentado durante las últimas semanas es más de lo que podemos describir. En pocos días, después que Mr. Bridges nos dejó, la fatal enfermedad se esparció por todas las casas y chozas, aun a nuestros niños. En un momento, casi todos los nativos estaban en tan desesperada condición, que difícilmente podía encontrarse quien nos ayudara. Providencialmente, el Allen Gardiner estaba con nosotros y Mr. Whaits y yo, que no hubiéramos podido hacer solos el trabajo necesario, hemos encontrado así la ayuda imprescindible".

La epidemia duró alrededor de tres meses y los misioneros calcularon que en ese período, murió la mitad de la población yagana. En un escrito de 1891, Stirling dice que el pánico produjo en los indios un nuevo instinto de dispersión.

A principio de 1885, llegaron a Ushuaia dos auxiliares para la Misión: la señora de Hemmings, consagrada mujer, enfermera, viuda, que habría de ocuparse del asilo, y el carpintero Henry Burleigh, con su esposa, que debieron volver casi enseguida a Keppel.

En esa época, también llegó el primer gobernador argentino, el capitán de fragata Félix M. Paz, que ejerció su cargo hasta el 6 de junio de 1890. El capitán Paz se mostró siempre un buen amigo de los misioneros y creía conveniente trasladar la sede del gobierno a la isla Gable, pero tal cambio no llegó a efectuarse.

En 1886, se hizo un nuevo censo de los indígenas, que arrojó un total de 397 yaganes en todo el archipiélago. La disminución era tan rápida como evidente y no se detuvo. Hace algunas décadas, Gusinde pudo contar sólo cuarenta y tres individuos y en 1946 el número había descendido a veintiocho, amén de un reducido grupo de mestizos. Poco después del citado censo de 1886, se produjeron algunas leves epidemias de neumonía, escrófulas y tuberculosis, matando a gran número de indios, inclusive a Cranmer Okokko. La tuberculosis subsistió entre los últimos remanentes de la raza.

A fines del año 1886, Bridges hizo un viaje a Inglaterra, a donde llegó en noviembre. Mientras estaba allí, presentó su renuncia al cargo de misionero. Se basaba en el hecho de que el reducido número de yaganes que quedaba no justificaba los grandes gastos de la Misión en Ushuaia y que, a su juicio, era preferible ayudar a los indios a establecerse en otra parte, dándoles trabajo. Por eso expresó su sentir de continuar colaborando en la forma que él consideraba mejor.

Este plan ya había sido hecho conocer por él en fecha tan temprana como 1884, al escribir sobre el establecimiento argentino en *The Standard* de

Buenos Aires y en forma privada al Comité. Como su hijo Lucas nos cuenta, a aquél le fue difícil entender las razones. Así se corrobora leyendo las actas de las reuniones en que se trató el tema, donde se pueden suponer algunas cosas entre líneas. No sabemos cuáles puedan ser, ya que en ninguna otra parte encontramos la menor referencia a diferencia de criterio entre Bridges y el Comité. Naturalmente, la dimisión debió ser aceptada.

Para cumplir sus propósitos, el ahora ex misionero resolvió instalarse con una estancia en los canales. Al volver de Inglaterra fue huésped de Francisco P. Moreno, director del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, con quien había tenido correspondencia y que visitó a la Sociedad en Londres en 1899, expresando su deseo de ver el diario de Gardiner. El famoso "perito" le presentó a su tío Antonio Cambaceres, que presidía la Cámara. Este a su vez lo llevó al ex presidente Mitre y al presidente Roca. A la pregunta "¿Cómo podría recompensar mi gobierno, de algún modo, la vida de sacrificio que usted ha llevado y la humanitaria tarea que usted ha realizado?" Bridges contestó: "Dándome una parcela de tierra". Al momento, marcaron un mapa, pero el entusiasmo presidencial chocó con el inconveniente legal de que se necesitaba la sanción del Congreso. Hubo un debate en Diputados, ya que algunos legisladores ultracatólicos se opusieron, pero finalmente Roca tuvo la satisfacción de firmar el decreto, que según dijo a su familia luego, fue el último de su primer gobierno. Se trataba de ocho leguas cuadradas, en la mejor tierra del Sur de la isla, frente e incluyendo la isla Gable. Ya había hablado del tema con Bove y Noguera, que le apoyaban. Además, Bridges se había hecho ciudadano argentino.

Aunque formalmente ya no pertenecía a la Misión, continuó ayudándola con frecuentes visitas y de otras maneras. Dieciocho familias yaganas fueron a establecerse definitivamente en la estancia que llamó Harberton, en recuerdo del pueblito natal de su esposa; así los indios quedaron bajo la influencia cristiana del ex misionero y su familia.

Además numerosos indios acudían a trabajar esporádicamente, desde todas partes de los canales y luego comenzaron a llegar onas del Norte, que cruzaban las montañas.

Con ovejas traídas desde Inglaterra, Bridges forjó el primer establecimiento ganadero de la región. Trabajando con tesón y sacrificio, y también con sabiduría, consiguió que aquella región abandonada le rindiera una fortuna de bastante importancia. Algunos autores apresurados han insinuado que la familia Bridges se hizo rica mientras aquel era misionero. Pero hoy podemos leer la maravillosa historia del empeño de ese hombre y de los suyos en el libro escrito por su hijo Lucas, donde con sencillez y elegancia, señala cuál fue el origen de la fortuna familiar: el trabajo y el sacrificio.³

Encontrándose de viaje en Buenos Aires en 1898, Bridges falleció en casa de su amigo G. C. Green, en la calle Montes de Oca 181, a la temprana

³ Cf. Tello, Mariano, *Apuntes de viaje alrededor de la Tierra del Fuego* (Salta, 1896). "Un pueblo constituido por familias como la de Mr. Bridges, creo que daría la república de Platón: su lema es trabajar mucho, hacer todo el bien posible y no hacer daño a nadie.

"Si hay felicidad en la tierra busquémosla en este hogar: en todos reina la paz del alma.

"Esta es la casa de un hombre extraordinario por la idea que reina de orden y trabajo: todos aquí al toque de campana trabajan, sin excluirse él, la señora, ni las hijas ni ningún otro -para todos existe el trabajo adecuado-no Luego continúa comentando la educación de las hijas. Tello fue jefe de policía en 1892 bajo el gobierno de Cornero; escribió sus impresiones en el diario "La Tribuna" de Buenos Aires y luego las reeditó en Salta en forma de libro, hoy rarísimo.

edad de 56 años. El deceso fue causado por su antiguo mal estomacal que le había hecho sufrir desde muchos años antes.

Su muerte fue sentida en la ciudad. Roberto J. Payró retocó su libro "La Australia Argentina" para agregar una nota laudatoria en una nueva edición. El diario *The Standard* recordó una visita del misionero al periódico y cómo junto con el director fueron a entrevistar al general Roca, a pedido de éste. El ilustre gobernante le prometió visitar Tierra del Fuego cuando fuera presidente. Le preguntó si era argentino y, al saber que era naturalizado, le dijo: "Usted sería el hombre para gobernar Tierra del Fuego". El diario señala también que Bridges quedó impresionado del criterio liberal de Roca, quien a su vez le admiraba mucho, al igual que el general Mitre.

Sus restos están sepultados en el Cementerio Británico de Buenos Aires.

Primeros pasos de la nueva ciudad

A la nueva Ushuaia le costó crecer. Había motivos. La población fue dejando poco a poco "de ser tal. De acuerdo a lo planeado para preservar a los indígenas de los vicios y las enfermedades que llevaban los blancos, se trató de mantener dos gérmenes de comunidad separados entre sí. En la península, al oriente de la bahía, seguía estando la Misión, pero con un número cada vez más declinante de nativos. En el centro, donde hoy están los principales edificios públicos y hoteles, un conjunto poco feliz de casillas de chapa pretendía ser la imagen de "una nueva y gloriosa nación".

Un desconocido oficial de la División Expedicionaria publicó un muy interesante artículo en "La Prensa" del 22 de octubre de 1884. Según él, "la colonia indígena se compone de cuarenta familias que forman 330 personas... Los edificios son de madera; los habitados por los misioneros son tan cómodos y habitables como los de La Plata... Todos los edificios están en línea recta con jardines llenos de plantas y flores en su frente. Las casas de los colonos son más reducidas y ocupan ocho manzanas bien delineadas y separadas por calles anchas de veinte metros. Cada casita tiene su pequeña quinta de legumbres".

Al final, hace referencia a la subprefectura argentina de la que pronostica que será poblada por "esa recua de atorrantes que se sacan de los caños de la capital para fundar aquellos establecimientos". Además dice que se comenzó a construir "los casuchos, que no harán por cierto mucho honor a la civilización argentina si se comparan con los llevados allí por pobres misioneros".

Podemos comenzar diciendo algo sobre los años finales de la Misión. Bridges fue sucedido por el médico Edwin C. Aspinall, que fue el primero de su profesión que se radicó en Tierra del Fuego. Cuando llegó, se organizó una gran fiesta a la cual fueron invitadas las autoridades. Hablaron tanto el recién llegado como el gobernador, destacando la amistad recíproca. Poco antes, los misioneros habían cruzado la bahía para celebrar el 25 de Mayo, con salvas, deportes, comidas y discursos.

En 1890, un marinero de una nave argentina llevó una grave epidemia de viruela, que había sido precedida por otra de tifoidea. En poco tiempo, falleció la tercera parte de la población yagana. Problemas de ese tipo y los de orden moral, que iban en aumento, hicieron que, en Inglaterra, se estudiara un

posible traslado de la Misión. La presión de tal criterio aumentó en 1891 cuando apareció otra epidemia, la tos convulsa, que fue aportada por el hijo del primer maestro argentino.

Por un tiempo, se probó de mantener el lugar de trabajo tradicional, abriendo otros más aislados, primero en la isla Bayly cerca del Cabo de Hornos -la Misión más austral en la historia cristiana- y luego en la bahía Tekenika, en la isla Hoste. Allí murió ahogado el misionero Harry Burleigh.

Aspinall quedó relativamente poco tiempo y Juan Lawrence se transformó en el eje de la Misión. Estaban en las regiones australes, con su esposa, desde 1869. Ella se llamaba Clara y se habían casado poco antes, teniendo veinticinco y veinte años, respectivamente. Tuvieron cinco hijos, cuyos descendientes aún ocupan un importante lugar en la vida ushuaiense. Él tenía un carácter suave y piadoso. Ella era, por lo contrario, una mujer enérgica, que falleció a los 49 años. El misionero la sobrevivió hasta 1932, o sea hasta los 89 años. Sus hijos Martín y Federico fueron los primeros fueguinos que sirvieron en la Guardia Nacional, antecedente del servicio militar; su foto apareció en "Caras y Caretas".⁴

En 1889, el gobierno de Roca les cedió cuatro leguas en Remolino, a unos treinta kilómetros de Ushuaia. En 1901, Lawrence se fue a vivir allí con sus hijos. Todos los domingos, durante un tiempo, llegaba de visita, después de caminar treinta kilómetros desde Harberton, el joven Guillermo Bridges, que novió con la suave Minnie May Lawrence. Se casaron en 1901, pero ella murió en 1910, al tener su tercer hijo.

La estación misionera de Ushuaia fue cerrada en 1906. Buena parte de las instalaciones y un grupo de indios se trasladaron a Río Douglas, en la costa oriental de la isla Navarino, al cuidado del misionero John Williams; curiosamente, era el mismo apellido de uno de los compañeros de Gardiner. El trabajo allí perduró hasta 1916.

Del otro lado de la bahía, luchaba por mantenerse el grupo que representaba la autoridad argentina. El primer subprefecto fue un caballero, en todo el sentido de la palabra, llamado Antonio Viras oro y Calvo, que mantuvo una cordialísima relación con los misioneros. El 25 de noviembre, el capitán Félix M. Paz, un joven de veinticinco años, fue designado como primer gobernador; al año siguiente, propuso que Ushuaia fuera designada como capital, lo cual fue aceptado. La razón era obvia, pues no había otro lugar con población blanca; sin embargo, con el correr de los años, varias veces se habló del traslado de la administración, sea a la isla Gable o, más adelante, a Río Grande.

En 1893, el inspector de escuelas Raúl V. Díaz cuenta lo que vio con estas palabras:

"Dieciséis casas sin ninguna comodidad forman calles visibles únicamente debido a la distancia que media entre ellas; cinco almacenes de escasa importancia, una escuela con pocos niños que casi siempre está cerrada por falta de local, un aserradero a vapor, obra buena del teniente coronel Godoy (el gobernador), una hermosa y cómoda bahía que muy rara vez

⁴ Sobre el misionero, ver nuestro *Juan Lawrence. Primer maestro de Tierra del Fuego*, Buenos Aires, Editorial Marymar, 1983. Reiteramos nuestro anhelo de que una escuela lleve su nombre.

frecuentan los barcos, una Misión anglicana al frente y por fin ochenta habitantes que viven a 600 leguas de Buenos Aires bostezando y aislados".

Palabras similares escribió Roberto J. Payró, el famoso escritor, que viajó en la misma época, representando un diario porteño. Otros periodistas estuvieron por allí, pero de ninguna manera sus obras tienen el valor de "La Australia argentina" de aquél. También hubo visitas de varias expediciones científicas.

La mensura de la futura ciudad comenzó en 1894, a cargo del agrimensor Jorge Butza, quien terminó su tarea el 8 de abril. Fue aprobada al año siguiente. Hizo un trazado de cuarenta y dos manzanas casi cuadradas, de ochenta metros en el Sur y Norte y 88 en el Oeste y Este, o sea de catorce por tres cuadas (luego se diría que entre el cementerio y el presidio). Al margen de que, como ocurrió con frecuencia entonces, no se tuvieron en cuenta los desniveles del terreno y los arroyos que corrían en ese tiempo, llama la atención que no se haya previsto lugar alguno para una plaza pública.

Como vimos, Díaz menciona la existencia de almacenes de ramos generales, según la expresión de la época. En 1888, Luis Figue abrió uno al que llamó "El Primer Argentino", que se quemó en 1946. Era uno de los hombres de Lasserre y posiblemente decidió radicarse por su relación con el obispo Stirling. Actuó de diversas maneras, inclusive en algunos puestos muy difíciles, como cuando se creó una subprefectura en la bahía Buen Suceso, en el extremo occidental de la isla. En 1890 se casó con María Masciochi, hija de un empleado del presidio, que ya existía en Ushuaia. La fiesta fue el preludio de una sorprendente vida social, increíble en aquellas latitudes. Su nieta Damiana cuenta así en el Libro del Centenario:

"Recuerdo el amplio comedor de la casa de mis abuelos, cuando más de una vez, asomada en el marco de una puerta, miraba deslumbrada por las luces de las arañas y lámparas, en su mayoría a querosene, que alumbraban la larga mesa, adornada con candelabros y centros con flores. Los manteles y las blancas servilletas almidonadas en forma de abanicos, cuando salía a relucir la fina porcelana y la platería; las salamandras protegidas por los biombos de estilo japonés, las dos campanillas sobre la mesa, que hacían las veces de gong, llamando a las muchachas que, con sus delantales y vinchas blancas, transportaban desde la cocina los humeantes platos, para ser servidos por las abuelas o mi madre. Estas comidas se hacían siempre en relación con algún acontecimiento como las fiestas patronales o navideñas, bautismos, llegada de buques importantes (la fragata "Sarmiento", el "Cap Polonio" o alguna otra nave de la Armada nacional o extranjera). En esas oportunidades, oía a mi padre hablar en diferentes idiomas. "Los hombres vestían smoking, zapatos de charol o guantes blancos y las mujeres lucían vestidos largos. Mientras, los niños se distraían con las dos pianolas que había en la casa."

Otros pocos habían quedado de los primeros de la subprefectura. Uno de ellos era Antonio Isorna, un español que hizo venir de su tierra a un sobrino, cuyos descendientes aún viven en Ushuaia. Emparentaron con una familia de origen italiano, que llegó en 1890, alentados por monseñor Cagliero, una personalidad de los salesianos, aunque éstos aún no estaban en la zona. Llegaron como matrimonio y además con dos hermanas de ella, jóvenes y viudas, lo cual produjo bastante revuelo y por supuesto, casamientos a corto plazo. Durante mucho tiempo, éstos tenían lugar en Ushuaia por lo general entre mujeres muy jóvenes y hombres ya mayores, que figuradamente "hacían

cola". No es fácil saber quién fue la primera mujer que se radicó allí. Posiblemente haya sido Carmen de Rodríguez, esposa de uno de los primeros hombres del establecimiento, seguida por las de la familia Musso y la esposa del Dr. Polidoro Seggers, que se quedó en el poblado en 1887; era un belga, con sus estudios de médico casi terminados, por lo que compartió las tareas con Aspinall.

En 1890 llegó el español José Romero, quien instaló un aserradero en Lapataia y fue un hombre muy emprendedor. Lo que más se comenta de él es que tuvo veintitrés hijos, de los que cinco fallecieron al nacer. Poco a poco, fue aumentando la gente blanca. Los indios fueron decayendo en todo sentido. Pocos se radicaron allí y la mayoría se fue yendo a Chile; llegaban en sus canoas a Ushuaia, donde cambiaban cueros y otros productos por lo que precisaran, aunque a menudo por alcohol. En aquel ambiente, no es de extrañar que a veces el objeto de trueque por una botella fuera una jovencita. Iban muy pocos argentinos. Los primeros fueron españoles de familias como los Vera, los Eiras, los Giner, los Gómez, los Díaz, los González y otros. El primero en tener un automóvil fue Castiñeira, cuyo hijo José María Castiñeira de Dios, poeta y académico, quizá sea el más reconocido de los fueguinos. Había de otros países, como italianos (Mata, Ceccato), portugueses (Morais), pero sobre todo croatas, que sintieron allí cierta afinidad con su hermosa costa dálmata. Familias como los Beban, los Márusich, los Berós, los Brónzovich, los Lómbardich, los Péchar, los Vrsálovic y otros fueron apareciendo desde principios de siglo y transformaron la población con su laboriosidad. Algunos se desparramaron por los canales buscando oro, otros se fueron a Punta Arenas y otros quedaron en Ushuaia instalando industrias o participando en la incipiente vida cultural. Haciendo un salto, digamos que en 1913 llegaron quinientos españoles para la instalación de una fábrica de procesado de sardinas, que fracasó, simplemente porque los peces no aparecieron y la mayoría se disgregó. En aquellas dos primeras décadas de las que nos ocupamos sumariamente aquí, también hubo cambios institucionales. El gobernador Félix Paz estuvo hasta 1890. Recorrió el territorio y trató de poner orden, en especial entre los buscadores de oro, que comenzaron a desparramarse por toda la isla. Lo sucedió Mario Cornero, un médico, quien inauguró la primera escuela, el registro civil, el juzgado de paz y otros adelantos. Sus polémicas con Julio Popper, el más notorio de los "oreros", como se decía, le hizo alejar del cargo. Pedro Godoy (1893-1899) es reconocido como un hombre progresista. Se establecieron entonces las primeras estancias en el Norte y desde 1895 una pequeña cárcel, de acuerdo con un proyecto de Cornero. El siglo fue completado por Félix A Carrié, quien inauguró la Casa de Gobierno, edificada por el constructor Enrique Noya y que recibió el mote de "Cabildo"; como muchos otros edificios, terminó quemándose.

Desde entonces, la historia de Ushuaia casi se identifica con la del presidio. Desde 1896 hubo un proyecto de colonización penal, hasta que en 1902 se edificó una cárcel de gran tamaño, en la que se destacó Catello Muratgia. La inauguración fue el 12 de septiembre. Entre 1902 y 1911 hubo un presidio militar. Por supuesto, nada de eso es motivo de felicidad. Hay multitud de historias, generalmente muy dolorosas y otras tragicómicas, como la tensión, que casi acaba en tiroteo, entre el personal carcelario y la policía, pero desde el punto de vista de la población fue un aporte de gran valor. No sólo proveyó de fuentes de trabajo, lo que llevó a una radicación continua de

población estable, sino que ésta contó con muchos adelantos, como la luz eléctrica, el arreglo de las calles, la construcción de edificios públicos, la provisión de pan y otras ventajas.

El hecho más notorio de esos años fue la visita del presidente de la república. Julio A Roca llegó a la zona en 1899, en viaje a Punta Arenas, para lo que se denominó "el abrazo del Estrecho" con su colega chileno Federico Errázuriz. Hubo grandes festejos, como una regata que fue ganada por gente de la Misión, y una visita a Harberton, cuando el mandatario ofreció la gobernación al mayor de los Bridges.

El primer maestro, Juan Ruiz Galán, español, llegó en 1890. María de los Ángeles Sánchez Caballero fue como preceptora en 1896... y además como novia del jefe de policía, Ramón L. Cortés. La boda no pudo completarse con una fiesta porque el funcionario debió salir apresuradamente a perseguir al indio Capelo, un bandido que asolaba la región. El primer edificio fue construido en 1909.

Las demás instituciones sociales sólo fueron llegando lentamente, quizá debido a lo escaso de la población, quizá por la terrible fama de lugar lejano y brumoso que tenía la zona. En cuanto a aquélla, es interesante que el segundo censo nacional, en 1895, indicaba una población de 477 personas (225 urbanas, 252 rurales) y que el aumento desde 1869 había sido también de 477, lo que indica que los indios no eran contados. Los habitantes urbanos eran todos de Ushuaia. Había 144 hombres (120 solteros) y 55 mujeres (38 solteras) de nacionalidad argentina y 145 y 19 respectivamente extranjeros. En 1914 había subido a 2504 para el territorio y 1447 para Ushuaia, de los que 226 eran mujeres.

Aquí interrumpimos la historia, o sea al comenzar un nuevo siglo. El progreso fue más bien lento después de los pasos señalados. Historias de naufragios, presos políticos y llegada de algún avión fueron produciendo algún interés en la zona, que los argentinos consideran siempre como demasiado lejana. En la década de 1940, se produjeron varios hechos que cambiaron el panorama: establecimiento de la gobernación marítima, levantamiento del presidio, radicación de un gran grupo italiano, la Base Aeronaval, etc. En 1972 la ley 19.640 produjo una gran transformación industrial y social, que modificó definitivamente la hasta entonces pequeña población. Pero todo eso ya es otra historia.

Había corrido mucha agua y había soplado mucho viento desde el mes de enero de 1869, cuando el misionero Stirling se lanzó a la aventura de fe de radicarse solo entre los salvajes de Ushuaia. Así nació la única capital argentina que surgió junto a una Misión religiosa. Esta cumplió su papel histórico y lo cedió a una institución naval, que fue deviniendo un poblado tímido y confuso, para ir tomando forma de ciudad. Hoy, ya con más de un siglo en sus espaldas urbanas, la conciencia de la deuda histórica con aquellos primeros hombres y mujeres está surgiendo con mucha fuerza. La atracción que la belleza natural produce sobre el turismo internacional nos obliga a conocer esa historia y repetirla con la conciencia de una obligación patria de repetir lo que toca a cada generación.